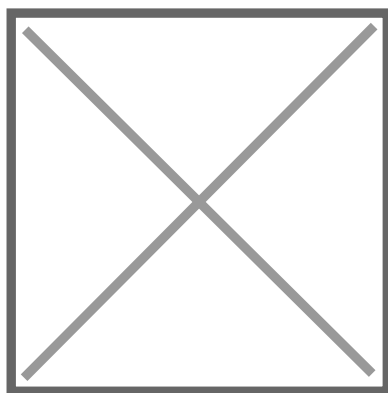




El Mercurio, Santiago 30 Junio 1968 p 3

200203

Crónica Literaria

Por ALONE

"MIS CONTEMPORÁNEOS" por Ernesto Montenegro (Universitaria).— He aquí un caso flagrante de lo que Haman, sin precisar mucho, "literatura comprometida", opiniones encadenadas. ¿Cómo juzgar a quien nos juzga? ¿Cómo elogiar al nos elogia? ¿Y cómo no elogiarlo?

Sólo tres de los quince que Ernesto Montenegro enfoca entre sus contemporáneos pueden todavía recordar su figura, evocar su acento y traerlo de nuevo al mundo de los vivos, antes de ir a reunirse junto con los que les precedieron, Pedro Antonio González, Baldomero Lillo, Federico Gana, Diego Dublé Urrutia, Francisco Contreras, Leonardo Pizarro, Guillermo Labarca, Pezoa Vial, González Bastías, Augusto D'Halmar, Eduardo Barrios, Pedro Prado. Mientras Manuel Rojas y González Vera rallan, sólo permitido al tercero "hacer uso de la palabra".

Oh, sin el menor énfasis ni elocuencia oratoria! Montenegro nunca tuvo ese vicio. La sencillez fue su característica. Tenía el sobrino muchas de las virtudes que tan bien infundió en el acento de su "Tío Ventura", uno de los personajes vivos de la literatura chilena y acaso de todos el más chileno de todos.

Pese a sus múltiples y largos viajes, a lecturas detenidas en varios idiomas, a haber plantado su tienda en regiones lejanas donde sus semillas ahora florecen y hablan lenguas distintas, inglesas o alemanas, este libro, suma de las experiencias y el saber vital de Montenegro, nos prueba que nunca perdió el jugo astrero que debió en las raíces aconchiguadas, al lado de su amable tío, rústico, malicioso.

Tantas ideas y venidas, tantos paisajes y personajes recorridos por el vasto mundo únicamente agregaron extensión a sus ideas y resonancia a sus imágenes, sin alterar el fondo, que estuvo en una filosofía llena de paz, con cierta conformidad entre desencantado e íctico, sereno y simpático.

Ningún empuje de protesta en su actitud. No le contaba el puñito de invocar la justicia para destruir el orden y remover "las estructuras profundas" con ánimo de levantarse sobre ruinas. Sabía su propio valor y en su ocasión sabía imponerle con dignidad; pero desconocía la soberbia y jamás se quejaba del destino. Dejó ese papel a otros: él prefería guardarse sus lamentaciones.

La amplitud de su temperamento y la flexibilidad de su comprensión lo llevan hasta aceptar las quejas de los que nacieron para exhalarlas, siempre que lo hicieran con talento.

Puede él observarse a través de esta galería

donde, finalmente evocados, pasan sus contemporáneos.

Casi ninguno escapa a la nota dominante en su época: la tristeza, abatida en unos, irritada en otros; áspera aquí, más melancólica, puramente la de éste, la de aquí revelada de un esplendor romántico.

Tomemos la más típica, la del Almirante que atravesó por los mares su copa de melancolía, dejando a su paso por las letras un reguero de metáforas fascinantes.

Montenegro, que "lo conocí narsajo", no se deja intimidar ni seducir, pero tampoco lo niega ni discute. Lo mira, lo admira, lo coloca en su ambiente, le reconoce su valor representativo y puntualiza sin demasiadas insistencias sus alcances literarios, que eran muchos, cumpliendo los deberes de todo buen testigo que no es tanto juzgar como retratar.

El juicio de los escritores pertenece a la posteridad. Los contemporáneos ignoran lo que son y lo que serán. El crítico empujado en fijar una escala de valores con vistas al futuro sufre la tentación de los profetas, se expone a grandes peligros. Unos cuantos años y la sentencia que pronunció le corta la cabeza.

De acuerdo con D'Halmar en la magia del arte renovador de la vida, se aparta de él por el color que toman sus ilusiones. Las cosas no se llenan de una tempestad melancólica. Le dejan, por el contrario, el sentimiento de "no envejecer y el de asombrarnos ahora de haber oído a los veinte años que la cincuentena era ya la edad vetusta, imposible de decrepitud. Hoy sabemos (año 1934) que todos los frutos del arte rinden su beneficio en la vendimia del Señor, y que también nuestras pobreza y nuestros dolores son estímulos necesarios para llegar a saborear mejor el fugitivo instante de la dicha. Sabemos ya que la alegría es buena y que el sufrimiento también es bueno. Hemos aprendido la conformidad ante la ley del Misterio, junto con aceptar los bienes del vivir como un presente real para el eterno agradecimiento. Y acaso esta ligera fatiga que viene con el declinar del día no haga sino más grato el sueño del reposo final".

He ahí palabras bien diferentes de las que eligió D'Halmar para su despedida. En el fondo, es lo mismo: no somos nada, no sabemos nada. La diferencia está en el gesto, en la actitud, el modo o el estilo. Hay quienes para mirarse alzan el rostro y dirigen el cielo ojos desafiantes. Otros bajan la cabeza, entornando los párpados. Ernesto Montenegro, sin perder la sonrisa, mira de frente, mira el

bien y el mal, se encoge de hombros y halla preferible, sabiduría, agradecer el uno y perdonar el otro, alejando la idea de pedir cuentas a nadie. **"EL FUTBOL: ¿UNA FARSA HOMOSEXUAL?"**, por Regis Marblou.—

Tal vez el autor habría logrado mejor su propósito si no le mostrara tan estensamente desde el título. Y hay, además, otros motivos para temer que el escándalo y la discusión no se produzcan.

Es que en materia de sexo el mundo ya está, como dicen, "curado de espanto" y la gente empieza a conocer del asunto. Desde que Freud desató la ola del subconsciente y el padre, la madre, el hijo y la hija empezaron a danear aquella danza, los motivos de sorpresa han ido disminuyendo mucho y los resortes que la hacían estallar se han gastado.

Por otra parte, el desarrollo de la cultura histórica, el mejor conocimiento de las costumbres antiguas, especialmente las del gimnasio y la palestra, donde los atletas circulaban desnudos, ha abierto el camino a la divulgación de teorías que cada día ensanchan más el área de los estados intersexuales y confunden o borran sus limitaciones.

¿Que el entusiasmo de las multitudes por presenciar los partidos de fútbol entera algo más de lo que aparece en la superficie? Eso cualquiera con un minimum de observación lo siente.

Se habla de deporte, de ejercicio, "menos sana la corpore sana" etc.; pero la verdad es que, fuera de la dureza del asiento, no se ve cómo los asistentes a los estadios pueden fortificar sus músculos. Certe que las griterías de las ovaciones alternadas con los rechiflos exigen una capacidad pulmonar robusta; pero no creemos que contribuyan demasiado a conservar la salud y sus efectos sobre el sistema nervioso son discutibles. Y nada de eso justifica el delirio, la vehemencia, el altoparlante, la fuerza y el trastorno que los espectáculos futbolísticos desencadenan sobre la ciudad, ni la paciencia infinita de los que forman cola para adquirir entradas y la sumisión de rebato con que se acumulan y aguardan, como también el contagio mental colectivo del único irrazonado que los impulsa a huir en manada hasta maltratar a la menor alarma.

Todo eso indica una corriente regresiva profunda como asimismo la infantil que los campeones provocan, con sus correspondientes síntomas de adicción superlativa y erotismo fetiche. Llegado al paroxismo de su admiración, nada hay que el "hincha" fanático sea capaz de negarle al objeto de su culto, colocado por él sobre un altar, entre flores.

"Mis contemporáneos" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Mis contemporáneos" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile